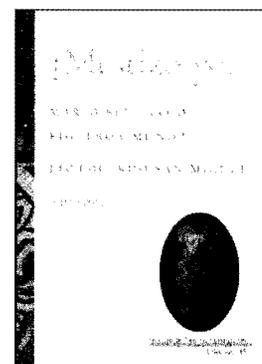


# ¿MESTIZO YO?

Diferencia, identidad e inconsciente

MARIO BERNARDO FIGUEROA MUÑOZ, Y  
PÍO EDUARDO SANMIGUEL ARDILA, (Editores).

Bogotá. Facultad de Ciencias Humanas,  
Colección Centro de Estudios Sociales. 2000.



Este libro marca un hito en la breve trayectoria de los estudios culturales de Colombia, los cuales remontan a menos de un lustro, cuando el Centro de Estudios Sociales iniciara seminarios internacionales con temas como cultura y globalización, culturas nacionales y locales y otros afines.

Pero, a diferencia de las iniciales convocatorias del Centro de Estudios Sociales, que respondían a llamados de intelectuales articulados a redes internacionales de estudios culturales, el Seminario del cual este libro es producto obedeció a una invitación del Grupo de Psicoanálisis de la Universidad Nacional y al interés de precipitar claridades en una serie de temas que los integrantes de dicho grupo han venido alimentando desde hace ya más de una década: las sinuosidades de los lazos sociales tejidos por formas de perversión; el significado del paso de una vida uniforme, de cuerpo y de milicia, a una diversa e individualizada en los llamados procesos de “reinserción” de excombatientes; el desciframiento de la escritura como traza de la deriva de una colectividad trizada y en estado perpetuo de desplazamiento y de desgarramiento; o, en fin, el sentido de la escritura como proceso de transmutación simbólica.

El seminario del cual es producto el libro se realizó hace ya dos años, en mayo 21 y 22 de 1999. La distancia entre la palabra hablada y la palabra publicada da fe de lo pesado y lento de nuestros procesos editoriales. Pero para contrarrestar estos efectos de aplazamiento, los intelectuales de la cultura, a diferencia de los periodistas, cuyo oficio es escribir sobre lo que pasa, elaboran un pensamiento que sea

resistente al transcurso de los días: razón de más para tipificar esos desencuentros entre el periodismo y la academia, tan difíciles de reducir porque entrañan ritmos muy distintos, mercuriales los primeros, saturninos los segundos.

Pero es que, en este caso, el tema escogido, elaborado en forma de pregunta picante: “¿Mestizo yo?”, corresponde a esas elaboraciones mentales o a esos imaginarios de larga duración, los cuales, por lo mismo, urgen a ensayar un pensamiento que no sea frívolo y, en el caso del psicoanálisis, con su decidida vocación nominalista, un intento de comprender las urdimbres que entrelazan esas novelas familiares en cuyo esclarecimiento se ocupan en la clínica.

Es, pues, pensamiento que no puede ser reductor y que, por lo mismo, reclama múltiples perspectivas. Y es así como la convocatoria del Grupo de Psicoanálisis fue afortunadísima, como quiera que a la ronda sobre la legión de fantasmas del mestizo fueron invitados/as artistas, historiadores/as, sociólogos/as, psicoanalistas, lingüistas, economistas y antropólogas. A las miradas propias del psicoanálisis, se añaden aquí visiones teñidas por más de una década de estudios de género; filones provenientes de los estudios de la historia de la ciencia, de la familia, de las mentalidades y de la cultura; y elaboraciones derivadas de la crítica literaria y estética.

¿Por qué el/la mestizo como legión de fantasmas? Todos los ensayos aceptan por lo menos una de las dos interrogaciones que rodean la palabra mestizo, en términos de la convocatoria: no tanto, quizás, como hubiera sido preciso, aquella que fuerza a sacar a luz la

posición del sujeto como intérprete que es confrontado a reflexionar en torno a la demanda desde su propia subjetividad, como aquella interrogación dirigida a deconstruir un concepto que sirvió como mito y relato de una nación, o, mejor, de algunos representantes de la élite, para afianzar con él una idea de blanqueamiento y para reprimir, al mismo tiempo, no pocos signos de diferencias (lo negro, por ejemplo).

Desde la imagen irónica que sirvió de logo a la convocatoria, Naldín Ospina reflexiona lúcido sobre la expropiación simbólica y la elaboración estética como fuente de poder (“La imagen híbrida”). Guiomar Dueñas levanta lo que llama el “velo de la hipocresía” (aquel que vela con estuco republicano las discriminaciones étnicas) para denunciar el no lugar de los mestizos en la colonia y el modo como esos astutos engañadores fueron engañados por los criollos en el proyecto emancipador (“El mestizaje en la transición de la colonia a la república”). Pio Eduardo Sanmiguel anuda las huellas del mestizo a la precariedad del lazo social y a sus modalidades perversas, aquellas que se develan en la vida cotidiana, en un taxi o en un bus (“Lógica mestiza”).

En la segunda parte, Tania Roelens urde filigranas que vinculan la ausencia de palabra o la palabra impuesta con el mal de ojo y aquello que es sustrato de éste, la envidia y el deseo de anular al otro, en un texto en donde explora las disonancias entre palabra y acto (“Avatares de la palabra y búsqueda de nuevos lenguajes”). Genoveva Iriarte desmonta la univocidad aparente de la interpretación del mestizaje desde una perspectiva que, a partir de la transculturalidad, subraya la capacidad de los sujetos para desempeñarse en distintos códigos (“Una mirada desde la diversidad a la hipótesis del mestizaje”). Mara Viveros parte de la crítica a estereotipos del hombre y de la mujer negros/as, para deconstruir lo que encierran y llamar la atención en torno a

urdimbres que eviten los extremos entre homogeneidad y heterogeneidad en la consideración de las relaciones de raza y de etnia (“Dionisios negros. Sexualidad, corporalidad y orden racial en Colombia”).

En la tercera parte del libro, Gabriel Restrepo explora los modos de dominación simbólica en la Colonia a través de la ilusión del espejo y de las relaciones sexuales que dicha ilusión impuso: la extracción de una plusvalía económica iba a la par con una minusvalía moral (“La Alquimia del semen”). María Himelda Ramírez traza los vínculos entre las deidades indígenas, el malinchismo, el culto mariano y el machismo, vínculos que se activan en la petición del sicario de la bendición de la madre antes de ejecutar una obra (“Del drama inicial a la sacralización en los mitos de origen de la sociedad mestiza latinoamericana”). Mario Figueroa trama las equivalencias entre escritura del desastre, ambivalencia frente al mestizaje y escatología en las obras de José Eustasio Rivera, Álvaro Mutis, Fernando Vallejo y Gabriel García Márquez, equivalencias sorprendentes y reveladoras del poder de deconstrucción inspirado en el psicoanálisis (“El mestizo: entre el mal nacido y el mal sepultado”).

Los textos están presentados e hilvanados con sutiles glosas por Olga Restrepo, Carmen Lucía Díaz, Luis Santos y Belén del Rocío Moreno.

La convocatoria fue tan atinada, que el libro no sólo se lee como un conjunto de ensayos agrupados en tres jornadas con resonancias temáticas entre ellas, sino además, diríamos, como un tácito juego de espejos y de referencias cruzadas e interlineales a todo lo largo del libro, casi como una novela, incluso, se diría, como una suerte de novela familiar de los colombianos. Más trágica que cómica.

GABRIEL RESTREPO,  
*Sociólogo - Escritor*